

ORACION FUNEBRE

DE MONSEÑOR DE VILLEROY,

ARZOBISPO DE LEON.

*Sacerdos magnus, qui praevaluit amplificare Civitatem,
qui adeptus est gloriam in conversatione gentis, &
ingressum domus, & atrii amplificavit.*

Ved aquí un Pontífice ilustre, que supo amplificar el poder y felicidad de la ciudad, que se adquirió gloria en medio de su nacion, y que por las funciones de su ministerio fue honrado en la casa del Señor, y en el recinto del Templo. *En el cap. 50. del Eclesiástico, vers. 5.*

PARA consolar á Israel en la muerte del gran Sacerdote Simon, un Autor inspirado del cielo immortalizaba de este modo en otro tiempo con divinas y nobles alabanzas la memoria de aquel Pontífice; y en acordarse de sus virtudes, buscaba un triste consuelo al dolor de su pérdida. Colocándole desde luego entre aquellos hombres llenos de gloria, que hacen felices á los pueblos con lo sólido de su sabiduría, que han sido dotados de grandes talentos, y cuyo nombre vivirá en la sucesion de todos los siglos, vá á buscar en la naturaleza mil pinturas vivas y sublimes, celebrando con una noble Magestad, á que no puede llegar el entendimiento humano, las mas gloriosas circunstancias de su historia. Allí se le vé en unos tiempos de confusion y horror, como la estrella de la mañana en medio de las nubes,

bri-

brillar y seguir siempre su curso, y aún manifestar desde lejos los caminos de la justicia y de la obediencia á aquellos, que dexándose llevar de falsos resplandores, seguian los caminos resbaladizos y tenebrosos de la rebellion y de la injusticia.

Igualmente atento á reglar las diferencias del pueblo y de los principales de Israel, es un rayo de vivo fuego que penetra hasta el corazón, para hacer en un instante una delicada division entre las pasiones y la equidad.

Finalmente, dedicando toda su atencion á las públicas necesidades, empleando en la salud y seguridad de Judá hasta los últimos alientos de una vida enferma y flaca, es como un suave perfume, que en los dias del estío exhala su benéfica fragancia, se evapora, y se disipa á fuerza de comunicarse.

De este modo, el Sagrado Autor, valiéndose de los espectáculos mas santos y augustos, le representa en medio de los hijos de Aarón, aplicado á las terribles funciones del Sacerdocio, ofreciendo al Señor una oblacion pura en presencia de los hijos de Israel, alargando su mano para ofrecer la sangre de la víctima, manteniendo la casa del Señor, y asegurando los fundamentos del Templo; en una palabra, cuidando de su pueblo, librándole de la perdicion, y derramando sobre él, por puros y fieles canales, las gracias de los Sacramentos y las sagradas aguas de su doctrina.

Soberano Espíritu, ¿me será lícito preguntaros cuáles fueron vuestros fines quando dictasteis á este hombre inspirado unas expresiones tan divinas? ¿Fue vuestro intento referir, ó profetizar? ¿Consolabais á la Synagoga en la muerte de aquel famoso Pontífice, ó prometiais á la Iglesia la vida de *MONSEÑOR CAMILO DE NEUVILLE DE VILLEROY, ARZOBISPO, Y CONDE DE LEON, COMENDADOR DE LAS ORDENES DEL REY*, cuya pérdida venimos hoy á llorar en este Templo?

Y á la verdad, Señores, ¿quién vió jamás en un mis-

mo

mo hombre tanto amor á los intereses del Príncipe, y tanto cuidado de la utilidad de los particulares? Tanta aplicacion á las necesidades del Estado, y tanta vigilancia á socorrer las de las familias? Tanto respeto á la nobleza, y tanta afabilidad para con el pueblo? Tanto amor á los derechos del reyno, con tanto zelo por los del Sacerdocio? Tanta parte en los negocios del siglo, con tanto gusto para las cosas del cielo? Tanta grandeza con tanta moderacion, y tantos peligros con tanta inocencia?

Vosotros mismos lo sabeis, ilustres habitantes de esta afligida ciudad; y en el magnífico aparato de esta triste ceremonia, en la que parece que el exceso de vuestro dolor no halla consuelo sino en las demostraciones de vuestro agradecimiento, dais bien á conocer que estais persuadidos á que debéis á la conducta, y piedad de este grande hombre las riquezas de la tierra, y las del cielo, pues las arrojais con tanta profusion sobre el magnífico sepulcro que le habeis levantado en este Templo.

¡Ah! ¡Si pudierais hablar aqui en mi lugar, vosotros los que encargados de los públicos negocios hallabais en una sola de sus respuestas aquellos felices expedientes, que regularmente son fruto de largas reflexiones y crueles ansiedades! ¡Vosotros, que constituyéndole árbitro de vuestras diferencias particulares, esperabais con confianza á que decidiese de los intereses de vuestro honor, ó de vuestra fortuna, quedando siempre agradecidos á su determinacion, aún quando quedaseis descontentos de vuestra suerte! vosotros los que no teniendo en vuestras desgracias el triste consuelo de explicar vuestras quejas, ibais á depositar en su seno vuestra vergüenza y vuestra miseria, y hallándole siempre igualmente discreto y caritativo, saliais asegurados en vuestro honor, y aliviados en vuestra necesidad! ¡Vosotros finalmente, Ministros del Señor, zelosos confidentes del amor que tenia á su Iglesia, que juntos al rededor de él, como los Espíritus Cele-

lestiales al rededor del trono del antiguo de los dias, erais tantas veces, embiados por él á exercer vuestro ministerio en favor de aquellos que han de ser herederos de la salud, ¿qué no podriais decir aqui en mi lugar! Pero no dicen bastante ese lúgubre silencio, esa profunda consternacion, esa tristeza, y ese espanto que manifestais en vuestros rostros? ¿Hay necesidad de que yo haya de servir de triste interprete, ni de que justifique con un elogio público un dolor y unas lágrimas tan públicas?

Antes bien será mejor que yo me valga de esta lúgubre ceremonia para confundir todas las ilusiones de la vida, y que os repita con aquella noble sencillez que es tan propia de las verdades de eterna salud, (1) *en lo demás, hermanos míos, el hombre recogerá lo que hubiere sembrado; usad de este mundo como si no usárais de él;* (2) *porque es una figura que pasa, y una casa edificada sobre arena movediza, que mañana será juguete de los vientos y tempestades.* (3)

Bien sé que muchas veces suele tener mas parte en estas lúgubres ceremonias la vanidad que la piedad cristiana; bien sé que en vez de dexar perecer la memoria del impío, como un sonido que se disipa en los ayres, se la suelen tributar los mismos honores que á la del justo; bien sé que una boca sagrada, que no debe abrirse sino para anunciar con el Profeta las maravillas del Señor, suele subir muchas veces á este puesto para anunciar las obras del hombre; bien sé que muchas veces suele convertirse en espectáculo de fausto y vanagloria el objeto de mayor abatimiento que nos propone la fé; que muchas veces se sacan de entre las vilas cenizas unas ideas de grandeza y elevacion; que suele mezclarse con la memoria del sepulcro, á la que debe la gracia tantas conquistas, la de mil sucesos profanos, que acaso han sido de grande utilidad para

(1) Galat. 6. v. 8. (2) 1. Corinth. 7. v. 31.
(3) Matth. 7. v. 26. 27.

el infierno; y que parece que el demonio ha hallado, por ultimo, el secreto de triunfar, como Jesu-Christo, de la misma muerte; bien lo sé, pero tambien sé, Señor, que vos habeis de castigar á los labios engañosos, y á la lengua que habla con soberbia, sé de quanto soy deudor á la palabra Evangelica que anuncio, á la Magestad del Templo en donde reside la gloria del Altísimo, al santo terror del Santuario, en donde el Pontífice Eterno está siempre vivo para interceder por nosotros, á la Magestad del tremendo Sacrificio que interrumpo, á la presencia del Sagrado Pontífice que os le vá á ofrecer, y cuya devocion debo respetar, á la piedad de los fieles que me están oyendo, y por ultimo á la memoria del Gran Prelado á quien vengo á tributar estos últimos respetos de la religion; bien lo sé, y vos, Señor, no permitireis que en este punto yo haga indignamente traycion á las mas vivas luces de vuestra gracia.

Celebremos, pues, una ceremonia tan christiana de un modo christiano; no alabemos ni unos vicios gloriosos, ni unas virtudes que pone la fé en el número de los vicios; despreciemos aquel arte profano que sabe, segun lo pide la necesidad, apartar ó traer, adaptar con afectacion, ó olvidar con destreza unos hechos dudosos y delicados. En una palabra, santifiquemos en nuestro elogio fúnebre las qualidades que admira el siglo, con las que debe alabar la religion; mezclémos santamente al mundo con Jesu-Christo, y descubramos en nuestro illustre Arzobispo grandes talentos con grandes virtudes; consideremosle como un grande hombre nacido para el bien del estado, y como un grande Arzobispo nacido para utilidad de la Iglesia; supo componer los intereses del Príncipe con los del pueblo, este fue el uso que hizo de sus talentos; supo velar sobre sí mismo, haciendose útil á la Iglesia, y á esto se reduxeron sus virtudes; es decir, fue un Pontífice illustre que supo aumentar la felicidad y el poder de la ciudad, que se adquirió gloria en su nacion, que fue honrado con las funciones de su ministerio

en la casa del Señor, y en el recinto del Templo: Este es todo el asunto de esta Oracion.

PRIMERA PARTE.

DE qué sirven los vastos talentos que tan lisongeramente nos elevan sobre los demás hombres, y que son como una señal de soberanía natural, impresa por las manos de Dios en ciertas almas, si la gracia de Jesu-Christo, atenta siempre á ordenar al Padre de las luces todos los dones que han salido de su seno, no los refiere á este mismo fin, si no arregla su uso, dispone sus fines, corrige sus distracciones, señala sus caminos, y santifica sus escollos? Porque, Señores, vuelvo á repetiros, que no debéis esperar de mí un elogio Pagano, sino una instruccion christiana; sé que alabo á un ungido del Señor, y no á un heroe del siglo. Ah! Bastante ingenioso es el mundo para engañarse, sin que nosotros, que somos Ministros del Señor, fomentemos su engaño desde un lugar destinado á instruirle en la verdad.

¿Qué lugar, pues, ocupan en la moral de los christianos estas prendas excelentes, quando no arregla su uso la fé? No son mas que unos dones de Dios, que nos apartan de su Magestad; unos medios de eterna salud, que facilitan nuestra perdicion; unas grandes luces, que nos ciegan para que no veamos los objetos que presenta la fé á nuestra vista; unas distinciones de la naturaleza, que nos confunden con la multitud de los pecadores; unas inclinaciones de inmortalidad, que empleamos en seguir unas sombras que se desvanecen; unas semillas de verdad, que ahogamos con los cuidados del siglo; unas esperanzas de la gracia, que acaban en codicia; unos entretenimientos brillantes, que nos hacen perder de vista nuestra principal ocupacion; un arte de condenarse con algo mas de circunspeccion y solemnidad; finalmente, unas flores que se abren por la mañana, y se secan por la tarde sobre el sepulcro, fatal término adonde todo viene á parar, abis-

mo eterno adonde todo vá á perecer, inevitable escollo adonde despues de mayores ó menores inquietudes viene por ultimo á deshacerse la fantasma que se burla de nosotros, quando la tenemos por mas real; pero olvidémonos por un instante de estas tristes ideas, y busquemos en la historia de nuestro Prelado sólidos motivos de un christiano consuelo.

Dixe, en su historia, Señores, pues no debeis esperar que yo me salga de ella para ir á registrar la de sus antepasados, porque ¿de qué serviria acumular nombres antiguos, reunir títulos pomposos, juntar alianzas augustas, y hacer presente una larga sucesion de los pasados siglos, y en una ceremonia destinada á hacernos ver la nada de las grandezas presentes, querer dar realidad á las que no existen? Esto no me sería difícil, y la fama de la ilustre Casa de Villeroy adornaria sin duda esta parte de mi discurso; pero hablo de un Pontifice establecido segun el orden de Melchisedech, y bien sabeis que los libros santos donde leemos los elogios de este Rey de Salem, callan con especial cuidado, entre las alabanzas de un Sacerdote del Altísimo, la gloria de sus antepasados, y la vanidad de las genealogías.

Roma, Capital del Universo, fue el lugar que escogió la Providencia para dar á su pueblo *A MONSEÑOR CAMILLO DE NOUVILLE*; parece que esta grande alma, que algun día habia de unir en su persona la ciencia de gobernar los pueblos con la de santificarlos, mantener con una mano el trono, y con otra el Altar, y presidir en los misterios del estado y de la Iglesia, no podia deber su nacimiento sino á una ciudad tan célebre, en donde se hallaban reunidas en una misma persona la autoridad del Imperio y del Sacerdocio.

La educacion que en los demás hombres sirve de adornar ó cultivar una materia tosca, ó ingrata, no sirvió en él mas que de manifestar las riquezas de la suya. En una edad en que apenas hay razon, ya se descubrian en él gran-

grandes reflexiones; y aún en las mismas diversiones de su niñez, yá casi se descubrian los primeros rasgos de sus grandes prendas; semejante á aquel grano Evangélico, que en su misteriosa pequenez manifestaba las esperanzas del incremento que habian de elevarle sobre las mas altas plantas, y cuyas sagradas ramas habian tambien de servir algun día de asilo á los pajaros del cielo.

Así como los malos, segun dice el Profeta, se apartan del camino recto desde el seno de sus madres, nuestro Prelado sujetó sus pasiones á la razon en un tiempo en que los desórdenes del corazon pasan por entretenimientos de la edad, venciendo sus apetitos, y jugando en su juventud con estos Leones, como se dice del piadoso Rey de Israel, que jugaba quando era joven con los Leones, del mismo modo que se suele jugar con los mas inocentes y mansos corderos.

En los elogios que se hacen de la mayor parte de los hombres extraordinarios, es preciso poner un velo á los primeros años de su vida; se olvidan, con un prudente disimulo, unos tiempos en que ellos se olvidaron de sí mismos; no se hace memoria de su infancia ni de su juventud; se empieza su historia por donde se puede dar principio á su elogio; y se vé que el Orador diestro presenta de repente su heroe en el teatro del mundo, casi del mismo modo que Dios crió á Adán; esto es, en una edad perfecta, y con uso de razon.

Y á la verdad, ¿qué cosa es la juventud, particularmente en las personas de cierta clase? Es una estacion peligrosa, en que los respetos de la grandeza no pueden servir de freno á las pasiones, antes bien con su autoridad facilitan los desórdenes; es una fatal disposicion, en la que el vicio nada halla difícil ni vergonzoso; en que los placeres se hallan autorizados por la costumbre, la costumbre defendida con los exemplos que tienen fuerza de ley, los exemplos facilitados por el poder, y el poder puesto en execucion por los ardores de la edad, y por la viveza del

corazon. ¡Oh Señor! que sois el dueño de la fortaleza y de la sabiduría, ¿tiene vuestra gracia el poder suficiente, ó vuestros eternos consejos remedios bastante poderosos para preservar á una alma entre tantos peligros? Es verdad, Señor, que podeis hacerlo, ¡pero qué pocas veces sucede de que useis de vuestro poder!

En esto fue privilegiado nuestro Arzobispo: ¿Pero en qué paro mi atención? Parece que voy á elogiar unos talentos comunes, sin reparar que lo que en otras ocasiones sería un asunto importante para la oracion, no puede ser aquí mas que puro entretenimiento.

Manifestemos de una vez este grande hombre á la frente de la Provincia, zelando los intereses y gloria de su Príncipe, cuidando de la fortuna y sosiego de los pueblos, siempre ocupado, y siempre superior á sus ocupaciones, mirando su obligacion como descanso, y contemplando el alivio de su pueblo como ocupacion propia suya; tan hábil en todas las materias, que para decidir no necesitaba de mas tiempo que el preciso para escuchar; tan docto, que sus decisiones siempre parecian dictadas por la misma sabiduría; penetrando lo futuro, cuidando de lo presente, y estudiando en lo pasado las resoluciones para su gobierno; con un entendimiento vivo, claro, y penetrante; con un juicio vasto, elevado y fecundo; con un corazon recto, noble, y afable; superior siempre á sus dignidades y grandeza; siempre compasivo de las miserias y desgracias; amigo sincero, Señor generoso, y Padre comun.

No quisiera que una piedad tímida y poco instruída desaprobese interiormente estas alabanzas que le tributo: Almas zelosas que me estais oyendo, yo respeto vuestra piadosa delicadez: Sé que, como enseña el Apostol, todo Pontífice es escogido de entre los hombres, solamente para aplicarse á lo que mira al culto de Dios: Que en el sagrado sosiego del Santuario no se debe introducir el tumulto de las ocupaciones del siglo; que los que, como di-

ce el Profeta, llegan á poner su boca en el cielo, no deben permitir que ande su lengua arrastrando sobre la tierra; y finalmente, que el mundo entero no es digno de ocupar unas manos destinadas á ofrecer dones y sacrificios. ¡Verdades santas, no os ignoro, ni vengo aquí á destruir lo que por razon de mi ministerio estoy obligado á edificar todos los dias en otras ocasiones!

¿Pero por ventura interesa tan poco á la Iglesia la prosperidad de los Príncipes, la seguridad de los Estados, la tranquilidad de los pueblos, la observancia de las leyes, que haya de mirar este cuidado como un cuidado profano? ¿La Dignidad Real no es la que protege y ampara al Sacerdocio? ¿El trabajar en utilidad de un Rey christianísimo, no es disponer triunfos á Jesu-Christo? ¿El Pontífice de la ley, muchas veces al salir del Tribunal donde acababa de sentenciar acerca de la fortuna y bienes de los hijos de Israel, no subia al Altar para pedir bienes invisibles, y una fortuna mas permanente? ¿Samuel no era á un mismo tiempo intérprete de los derechos del Rey, y de la voluntad del Señor para con su pueblo? ¿Santos Obispos de los primeros tiempos, no gozasteis vosotros de estas dos autoridades? ¿No era uno de los principales cuidados de vuestra pastoral obligacion el terminar las diferencias que nacia entre los fieles?

¿Pues por qué, quando baxo el gobierno de un Príncipe que hace á la Iglesia participante de sus victorias, y que divide con ella su fruto, se hallan algunas almas en quienes la providencia ha derramado estos raros y excelentes dones, necesarios para manejar los intereses de los Reyes, y el gobierno de los reynos, ¿por qué, vuelvo á decir, no se han de emplear en los cuidados del Imperio y del Sacerdocio? Ahora bien, señores, ¿en quién se manifestaron jamás estos raros y excelentes dones con mas esplendor, que en el Prelado cuya pérdida lloramos?

no Pasaré en silencio que habia recibido del cielo uno de aquellos felices talentos, que hallan en su propio caudal

lo que no pueden dar ni el estudio, ni la experiencia á los que carecen de él; que ya nació instruido en el peli-
groso arte de gobernar los pueblos; que entre todos los misterios de la prudencia de los hombres solamente igno-
ró los que no quiso seguir; y que como aquel hábil cau-
dillo del pueblo Hebreo, supo desde su niñez todos los se-
cretos de la ciencia de los Egypcios. Tampoco diré que
nunca hubo en los negocios obscuridad que él no aclarase,
dudas que no resolviese, dificultades que no allanase, de-
licadez que no supiese manejar, peligro que no facilita-
se, ni trabajo que no venciese; que los negocios mas ár-
duos siempre eran inferiores á su talento, y que aunque
ocupado á un mismo tiempo en mil cuidados, se dedica-
ba todo entero á cada uno de ellos. No os parezca, seño-
res, que esto es un puro hypérbole con que finjo á mi
modo una fantasma que intento presentaros como ver-
dadera idea; me parece que no hay quien desde luego no
haya conocido de quien es el retrato que os acabo de
presentar, pero no quiero detenerme en esto.

Persuadido nuestro ilustré Prelado á que los mas dis-
tinguidos talentos son inútiles ó peligrosos quando no se
arregla su uso por la obligacion, ¿qué amor no tuvo á la
persona del Monarca? ¡Ah! si pudiera yo haceros aqui
presentes aquellos calamitosos tiempos, en que la menor
edad del Príncipe, la ambicion de los Grandes, los inte-
reses de los Ministros, y no sé que espíritu de rebelión y
de mudanza que en algunos siglos se suele apoderar del
espíritu de los puebls, hicieron experimentar sucesiva-
mente á la Francia todas las desgracias de las disensiones
domésticas! ¡Ah! si pudiera yo representaros con especia-
lidad aquel fatal momento, en que declarada la capital
del reyno por cabeza de la rebelión, ganadas ya Borgo-
ña, y la Guiena, dispuesto á seguir las el Delfinado, y
no esperando mas que el exemplo de esta Provincia, nues-
tro ilustré difunto, instado por todas partes, decidió con
su firmeza de la fortuna del Monarca, y de la de la Mo-
narquía!

Pe-

Pero es acaso necesario para representaros la paz y
tranquilidad que debió la Provincia á sus cuidados,
mezclar en una ceremonia, instituida para honrar el pa-
cífico sueño de los justos, las funestas imágenes de la
guerra y de la rebelion, esparcidas por todas partes? Es
acaso necesario para exponeros el mérito de su fidelidad,
traeros á la memoria tantas lastimosas caídas, con las que
faltó poco para que se arruinase todo el Estado? Es aca-
so necesario para alabar en él las esperanzas que abando-
nó, y las ofertas que desprecio, insultar las cenizas de
los que solicitaron declararse contra su obligacion, y
convertir el elogio de un particular en una invectiva pú-
blica? ¡Ah! no lo permita Dios; mejor es que esta glo-
ria se sepulte con él en el sepulcro. Los libros santos nos
enseñan que las virtudes de un justo que ha muerto, se
deben proponer para condenar los vicios de los pecado-
res que viven actualmente, y no para manchar la memo-
ria de los que ya no existen.

Pocas veces sucede que en estas desgraciadas revolu-
ciones se halle un hombre dotado de todas las prendas
necesarias para el gobierno; todos anhelan á tener parte,
aunque sin conocimiento, en los negocios públicos; mas
quieren ser necesarios en las asambleas de los malos, que
inútiles en el partido de los justos. Con pretexto de bus-
car medios para manifestar su mérito, buscan para su
ambicion ocasiones de culpa y de afrenta; y muchas ve-
ces abandonan su obligacion, sin mas motivo que no ha-
berla podido desempeñar dignamente y con lucimiento.
Unos talentos tan vastos como los de nuestro Prelado no
debían ceñirse á el cuidado de una sola Provincia; pero
mirando con indiferencia salir la abundancia y gloria de
los malos del seno de su misma iniquidad, siempre estu-
bo contento con su fortuna, porque el estado lo estuvo
siempre con sus servicios.

Si, señores; el Estado estuvo siempre contento con
sus servicios; no quisiera dar aqui en el exceso de un
Tomo VIII. G afec-

afectada eloquencia; hablemos sin artificio, pues en esto nada se arriesga: ¿Quántos cuidados y fatigas no empleó gloriosa y constantemente por espacio de mas de cinquenta años, en mirar por los intereses de sus Príncipes! Siempre vigilante, sin que nada se ocultase á la fuerza de su entendimiento; siempre intrépido, sin que nada pudiese trastornar la firmeza de su corazon; siempre infatigable, sin que nada pudiese abatir la flaqueza de su cuerpo. ¿Quántas veces, con unos consejos dados en tiempo, supo, ó corregir unos abusos que parecian irremediables, ó precaver unas inevitables desgracias, ó proporcionar unas felicidades no esperadas! Al mismo tiempo que en las demás Provincias esperaba la heregia unos golpes mortales para expirar, y quando era preciso labrar aquellas piedras espirituales, para poderlas colocar en el sagrado edificio de la Iglesia; nuestro sabio Prelado no se vale de otras fuerzas mas que de las de la razon para ganarlas, y como Salomon, edifica un Templo á la verdad, sin valerse del hierro, y sin dar ni un golpe con el martillo. ¿Quántas veces se le vió aún entre los desórdenes del Estado, respetado de los mismos rebeldes, caminar por medio de sus exércitos, y llevar al pie del trono el tributo de su constancia y fidelidad?

Bien sabeis, señores, que ni las injurias del ayre, ni la incomodidad de las estaciones, ni las enfermedades de la edad, ni lo vivo de los dolores, ni el peligro de los males presentes, ni el temor de los futuros, nada de esto le servia de obstáculo. Escuchad, almas entregadas á vuestros sentidos, y para quienes la sola ausencia del placer es un verdadero suplicio; de la misma cama de su dolor hizo un nuevo tribunal, en el que le vimos con un espíritu tranquilo y sereno reglar las necesidades de la providencia, y los intereses del Estado. Muy distinto de aquellos dioses, de que habla el Profeta, que tenían ojos y no veian, pies y no caminaban, manos y no usaban de ellas: él habia perdido el uso de la vista por sus lar-

gas y continuas fatigas, y con todo eso todo lo veia; habia perdido el uso de los pies, y volaba adonde le llamaban los intereses del Príncipe; el de las manos, y no obstante á todo daba movimiento: ¿Quáles eran vuestros justos temores, y quántas veces le reconveniais respetuosamente en este particular, vosotros los que despues de tanto tiempo viviais unidos á su persona y servicio? Repetid aquí aquellas vivas y tiernas expresiones, que os hacia decir entonces el amor que á él y á la Provincia teniais: Repetid las magnánimas y generosas respuestas que le inspiraba su amor al Príncipe.

¿Pero no le vimos en estos últimos dias, al oír el ruido de una comocion popular, recoger las reliquias de su alma desfallecida, juntar si es lícito decirlo así, las ruinas de un cuerpo ya deshecho, hallar en la viveza de su zelo vigor para sus fuerzas desfallecidas, dexar, como Moysés, el sosiego de su montaña, é ir á restablecer la paz en el pueblo, restableciendo como él la abundancia? Sí, señores, á las primeras noticias que tuvo del tumulto, sin que le pudiese detener el cuidado de su salud, que tanto aprecian los ancianos, parte de su casa, vuela, se dexa ver, y todo queda tranquilo. ¿Qué hombre es este, que los mares y los vientos se precian de obedecerle? ¿Pero adonde me lleva sin pensar el orden del discurso? ¡Ah! Ya casi toco el fatal momento que nos le arrebató, y al mismo tiempo que os refiero una accion gloriosa, no reparo en que es la última de su vida, y aún acaso la funesta causa de su muerte; pero no aceleremos un espectáculo tan triste.

Casi en todos los siglos ha visto la Francia en la escena de su gobierno alguno de aquellos hombres hábiles, que parece nacieron para manejar los intereses de los Príncipes, y para dar movimiento á las infinitas máquinas del Estado. Pero ¡ay! muchas veces, cargados, tanto con el odio, como con los negocios públicos, se les ha mirado, durante su vida, mas como á instrumentos de la divina

venganza, que como á Ministros del poder del Príncipe; murieron con el triste consuelo de haber tenido mérito para desagradar á todo un reyno; y esto consiste en que el mismo zelo que nos unió al Príncipe, muchas veces nos hace inexôrables para con el público; en que el mismo crédito que nos hace necesarios á los demás hombres, nos hace tambien mirar algunas veces á los demás hombres con desprecio. Pero hoy llamo por testigo á la fé pública, decidme: Reconoceis dentro de aquel sepulcro al comun padre á quien lloramos? Al mismo tiempo que era necesario para todos, ¿no tenían todos la facilidad de llegar á él? ¿No habia arruinado aquella funesta muralla de separacion, que una costumbre poco christiana pone entre los Grandes y el puëblo? ¿Era acaso necesario para llegar á hablarle comprar el favor de un criado, ó merecer con largas y molestas concurrencias el favorable momento de ver al Prelado? ¿El nombre de los pobres no era un nombre de mucho honor á su vista? ¿Era acaso su gabinete como el Santuario del Templo de Jerusalén, en el que nadie podia entrar sino con ornamentos preciosos, y con un adorno magnifico? ¿Tenia acaso sobre su frente aquellas odiosas señales de poder, que parece están echando en cara á los demás hombres su miseria, ó su dependencia? ¿No habia conciliado la grandeza con la afabilidad? Finalmente, ¿conocieron jamás los que se llegaban á él la autoridad que tenia, sino quando concedia gracias?

¿Qué lección para vosotros, hombres vanos, que apenas habeis salido de entre el pueblo, en donde os dexaron vuestros mayores, y apenas os hallais constituidos por alguna dignidad defensores de sus derechos; quando ya afectais no volver ácia él los ojos, como si temierais encontrar con la memoria de vuestra antigua baxeza. ¡Ah! el sepulcro confundirá vuestras cenizas con las de las almas viles, y el Señor hará secar la raiz de vuestra soberbia posteridad, é ingertará en ella otra, que conozca la justicia, y produzca misericordias.

¿Cuán-

¿Quántas veces admiramos en él aquellos talentos vastos y seguros, que siempre saben hallar el punto difícil de los grandes sucesos, y aquel agrado popular que tiene por descanso el cuidar de las familias, que atendiendo á los intereses domésticos, no sabe negarse á las necesidades particulares, ni dexarse ver con un rostro inquieto y desapacible, que aflige aún mas que la misma negativa? Sus manos, como las de la muger fuerte, despues de haberse ocupado en los mas arduos negocios, sabian dedicarse tambien á las ocupaciones mas humildes? Y si fuera lícito decirlo en un discurso christiano, ¿no nos acordaban aquellos Romanos tan celebrados, que despues de haberse visto á la frente de los negocios públicos, y dispuesto del destino de Roma, al volver á sus casas cubiertos de gloria, sabian en un hogar simple y rústico componer las diferencias de sus domésticos, como si jamás hubieran sabido practicar otras funciones mas honoríficas?

En los infinitos ramos del comercio de esta gran ciudad, ¿hubo acaso alguno, por despreciable que fuese, adonde no le viesemos acudir con gusto, manteniendo con su autoridad la paz y la buena fé, que son el nervio de todo comercio? ¿No arreglaba muchas veces los vastos proyectos con la prudencia de sus consejos, y con la capacidad de sus luces? Ese nuevo tribunal, que hace á esta ciudad como árbitra del comercio de todo el reyno, que tanta oposicion halló en su establecimiento, y adonde desde las mas remotas Provincias vienen á oír la decision de todos los negocios en que se hallan interesados nuestros ciudadanos, ¿no es un público monumento del crédito que tuvo con el Príncipe, y de su amor al pueblo? Es verdad que nosotros siempre le merecimos sus primeros cuidados; ¿pero se reducía acaso todo su cuidado á nosotros? La aplicacion que siempre tuvo á conocer, y arreglar aún los mas pequeños intereses de la Provincia, ¿no daban á entender que era un Magistrado par-

particular de cada pueblo de los de su gobierno.

Bien conozco, señores, que vosotros estais aqui añadiendo lo que yo no digo, y supliendo lo que explico tan debilmente; os estais acordando de mil circunstancias que yo, ó callo, ó ignoro; cada uno de vosotros acordándose ahora de algun beneficio particular me está ofreciendo en secreto materia para aumentar este pasage de su elogio. ¡Ah! ¡Que no haya de ser permitido á vuestro dolor y á vuestro agradecimiento el poder explicar aqui lo que estais pensando! Diriais, pero con terminos mucho mas vivos y enérgicos que yo, que libró al pobre de la tiranía del poderoso, que en tanto amaba á los Magistrados subalternos, en quanto ellos eran amados del público; que su mayor dicha era contribuir con sus cuidados á la comun felicidad; que era mas zeloso del lugar que ocupaba en nuestros corazones, que del que tenia en el reyno; que no conocia vuestros nombres, vuestras familias, ni vuestra fortuna, sino por los favores que os habia hecho; que muchas veces, depositando en su pecho los deseos é intereses públicos, los habia presentado al pie del trono con un respetuoso valor, y sin aquellos tímidos disfraces, injuriosos al Príncipe, cuya gloria exponen, é injustos para el público, cuyos derechos sacrifican, ejemplo raro, y que él solo merecia todo un discurso! En una palabra, que era el padre, la defensa, y la proteccion de la provincia, la esperanza, la alegría, y las delicias de esta ciudad.

Nobleza ilustre, á quien distinguió siempre con tanto agrado, y á quien honró con su mas estrecha familiaridad, ¿no os sirve de confusion el acordaros de la confianza con que le constituiais árbitro de vuestras diferencias? ¿Qué disensiones no ahogó en su nacimiento con su prudencia? ¿Quántos rencores inveterados, y que muchas veces suelen ser inmortales entre los nobles, no apagó con su autoridad? ¿Quántas pretensiones injustas, quántos derechos dudosos no aclaró con su penetracion?

¿Cuán-

¿Quándo se vió amigo mas sincero y generoso? Bien lo sabeis, Cabildo ilustre de la mas noble Iglesia de Francia; es verdad que nunca faltan aduladores á la grandeza, pero regularmente faltan amigos á los Grandes: como estos no aman sino á su fortuna, nadie ama en ellos sino esta misma fortuna; la amistad, este suave consuelo de todos los pesares de la vida, como dice el Sabio, este agradable lazo de la sociedad, este único placer del corazon es para ellos un vínculo molesto, y un placer enfadoso; y asi como ellos solamente viven para sí mismos, nadie los ama sino por su propio interés. Pero pregunto: respecto de nuestro Prelado, ¿se dirigian vuestros respetos á su dignidad, ó á su persona? Quando le pediais algun favor, ¿os daba lugar para que le esperaseis? Si pudo conocer vuestro deseo, os dió lugar para que se le pidieseis? Despues de concedido, ¿sufrió jamás vuestras justas demostraciones de agradecimiento? Delicado placer, y que me parece ser la mas inocente recompensa del beneficio.

Es verdad que esta virtud podia ser una pura obstentacion; podia suceder que al mismo tiempo que era tan officioso á la vista del público, se desquitase de esta molesta ficcion dentro de su propia casa; pero, ¿ó casa afligida de este grande hombre, tú puedes responderme! Bien conozco que en esto renuevo tu dolor: ¿hubo jamás Señor mas compasivo y generoso? ¿No bastaba tener el honor de servirle, para no tener necesidad de servir á nadie? Viviendo seguro de vuestro afecto, ¿no atendia con mas cuidado á vuestra fortuna, que á vuestra fidelidad? ¿Era acaso como aquellos hombres vanos y altivos, que se persuaden á que nos hacen gran favor en permitirnos que seamos del número de sus esclavos, queriendo que los mismos servicios que les hacemos nos sirvan de recompensa? Finalmente, ¿os pedia vuestros respetos como tirano, ó se grangeó vuestro amor como verdadero padre? ¿Que no pueda yo pasar de sus acciones á explicaros los fines que le movian? Jamás hubo alma que hiciese ac-

cio-